



OBRAS BREVES DE
JACQUES
MARITAIN



059-04

LOS JUDÍOS ENTRE LAS NACIONES

Jacques Maritain

Conferencia pronunciada por el autor, bajo los auspicios de los *'Groupes Chrétienté'*, en el Teatro de los Embajadores de París el 5 de febrero de 1938. En 1965 fue incorporado como capítulo IV al libro *'El Misterio de Israel'*.

Me propongo hablar esta noche de los judíos entre las naciones. Trataré este inmenso y doloroso tema con sentimiento de mi insuficiencia, pero al menos con todas las luces que me pueden aportar mi razón y mi fe, y lo trataré con esa independencia que estamos decididos a defender como nuestro último bien.

Hablaré, ante todo, de los problemas especiales ligados a la situación de ciertos países y de los que el antisemitismo saca provecho; luego, de la dispersión de Israel comprendida en su significación teológica, y, al mismo tiempo, del problema del antisemitismo considerado en su esencia espiritual.

En la tercera parte hablaré brevemente de cuestiones de hecho que tienen una urgencia particularmente grave; me refiero a la tragedia actualmente sufrida por los judíos en algunas regiones de Europa.

I. ASPECTOS PARTICULARES DEL PROBLEMA

Consideremos, pues, todo lo brevemente que se pueda, los problemas concretos que tornan particularmente aguda la cuestión judía, sin duda no entre nosotros, pero sí en ciertos países, a los que dividiré en dos categorías: los países de minoría nacional judía numéricamente considerable y los países, como Alemania, donde la gran catástrofe debida a la guerra recayó primeramente sobre los judíos.

Los países de fuerte minoría nacional judía

En los países de fuerte minoría nacional judía es evidente que la presencia de una masa étnica que tiene sus tradiciones, sus escuelas, su lengua propia, crea un problema especial frente a la vida civil y al bien común del Estado. Ocurre esto aún en un país como Polonia, que anteriormente ha acogido a los judíos con estima, que los ha llamado en muchas ocasiones para que le proporcionen una clase media de artesanos y de comerciantes, y del cual han tenido gran parte en la civilización nacional, y este problema se complica mas o menos gravemente cuando a la población judía de largo tiempo instalada en el país, se agrega una afluencia de inmigrantes más recientes. En verdad, las cifras que los antisemitas polacos y rumanos dan respecto a esas inmigraciones más recientes, parecen fuertemente exageradas. Ciertamente es que el problema existe, y no es más que un caso particular del problema de las minorías nacionales cuya suerte es a menudo tan cruel en la Europa de hoy. Puede en ciertas circunstancias, sobre todo allí donde los judíos resisten las condiciones de la convivencia política, tornarse muy irritante.

Pero a mi vez digo que el antisemitismo hace imposible toda solución de las dificultades concretas planteadas allá. No solamente falsea, por sus exageraciones, sus datos reales sino que aniquila las condiciones de su realización. Pues esas soluciones particulares sólo son concebibles en una atmósfera de comprensión mutua y de colaboración; y el *pathos* antisemita destruye por los dos lados estas condiciones morales previas: aquí por sí mismo, y allí, por 'las pasiones de resentimiento y de reivindicación que provoca de rechazo; de modo que la exasperación y la incomprensión, como los agravios recíprocos, crecen sin remedio de una y otra parte,

En vez de soluciones propiamente políticas a problemas de orden político, el antisemitismo, y aun el antisemitismo que se dice político, del cual hablamos en este momento, sólo trae a esos problemas, ilusoriamente transformados, soluciones ilusorias: las leyes de excepción y las medidas persecutorias que obligan o que ensayan obligar a una emigración en masa, por lo demás imposible.

Para un Estado no sólo significa confesar su debilidad vital el recurrir al exterminio de ciertos sectores de su población que se juzga incapaz de conducir al servicio de la obra común, sino que significa también prepararse duros días para mañana, pues es rebajar en igual modo las energías interiores, de las que el trabajo positivo habría debido vencer las crisis, a las cuales una cirugía no aséptica sino infectada de odios y de injusticia, sólo pone remedio en apariencia.

Para justificar estas soluciones ilusorias, el antisemitismo que se dice político ha acudido a una argumentación sin fuerza racional pero de gran potencia afectiva, que lleva por sí misma al antisemitismo racial: en efecto, de los judíos recientemente inmigrados, que eran los únicos a quienes en un comienzo pretendía abarcar, se extiende poco a poco a los judíos instalados de largo tiempo en el país, y a los judíos asimilados y aun a los judíos convertidos; en resumen, es contra los judíos como tales contra quienes se dirige en suma el mito racista. Digamos algunas palabras sobre esta argumentación que la propaganda antisemita ensaya popularizar en todas partes.

Los judíos, se afirma, estorban en cierto número de profesiones lucrativas, sobre todo notoriamente, en las profesiones liberales. ¡Que se los arroje, pues! Con esto se habrá conseguido suprimir a un buen número de competidores. Es de temer, sin embargo, que los reemplacen otros competidores, surgidos de ese detestable pululamiento de la propia humanidad no judía que amenazarán, así, por su deplorable existencia, junto con vuestra honesta ocupación vuestro sentido innato de la justicia y de los valores desinteresados, espirituales, y occidentales.

Claro está, por lo demás, que los judíos, si no se quiere que todos ellos mueran de hambre, han de ganar su vida en algún oficio, y naturalmente serán más numerosos en los oficios que más les convengan. Todo el mundo excusará (a condición de que sea moderada) la irritación natural contra rivales que tienen éxito; pero es odio de clan el que se levanta. En todas partes donde estén los

judíos se encontrará que son demasiados. Lo que se les rehusa en realidad es, lisa y llanamente, el derecho a la vida.

Dejemos de lado los acuerdos libres que, en un régimen verdaderamente orgánico (pluralista), podrían ser concluidos con la comunidad judía. Si queréis eliminar los obstáculos del aflujo judío en las profesiones de que se trata, lo mejor sería que os esforzaraís vosotros mismos para ocuparlas, mostrando más inteligencia y tenacidad en el trabajo que los judíos, y combatiendo con una justa organización profesional los abusos de la libre concurrencia, vengan de donde vinieran.

Así la emulación entre judíos y no judíos provocaría una elevación del nivel de la cultura, mientras que el recurso, tan humillante para los no judíos como para los judíos, de la brutal práctica del *numerus clausus* (sino del *numerus nullus*) tiende por sí mismo a rebajar ese nivel.

Los judíos, se dice también, se entregan a la usura, al acaparamiento, a la trata de blancas, a la literatura pornográfica, y aparecen así como perniciosos tentadores de las poblaciones autóctonas de cuyo fervor cristiano y de cuyas virtudes nos dan cuenta los novelistas, los “sucesos policiales” de los grandes cotidianos y la gaceta de los “Tribunales”. Los judíos son responsables, con su prensa y sus publicaciones, de la inmoralidad que invade a los pueblos. Los judíos se entregan a actividades políticas delictuosas (comunistas, naturalmente; su presencia en masa en las filas de las organizaciones terroristas de extrema derecha no ha sido todavía develada).

“Los judíos” – es muy natural en un hombre, sobre todo en un hombre de letras, o un hombre de negocios, a quien uno o dos judíos han jugado una mala partida, o que ha advertido entre el número difícilmente definible de personajes dudosos que la vida ha puesto en su camino, algunos ejemplares particulares de perfil semítico; es muy natural oírle decir, no un judío, o tres judíos, o diez judíos con quienes he tenido que ver, son esto o aquello, sino los judíos (hay 16 millones de judíos en el mundo), los judíos son esto o aquello. Es muy natural, pero es muy poco razonable.

Estas maneras sumarias de decir conducen por sí mismas a los peores sofismas. “Los judíos”, dice la argumentación antisemita, cometen tales o cuales actos delictuosos. ¿Qué sentido tiene atribuir a una comunidad entera las faltas

individuales de algunos de sus miembros? Si, por lo demás, plagas sociales como la usura en ciertos países agrícolas son, a consecuencia de condiciones históricas de esos países, sobre todo imputables a judíos, en otras plagas sociales de que la argumentación antisemita se sirve para atacar a “los judíos”, los no judíos se muestran brillantes competidores, sin hablar de otras categorías también de plagas sociales (como el alcoholismo, los ataques a mano armada) donde en todas partes ellos eclipsan a los judíos.

No son los judíos, son ciertos judíos, y son también ciertos no judíos quienes hacen el mal. ¿Para qué cargarse la conciencia infringiendo respecto a los judíos las reglas elementales del derecho y de la vida civilizada? El cuerpo social debe defenderse enérgicamente contra los males de que se ha hecho mención, contra la prensa de calumnia y de corrupción, contra las publicaciones embrutecedoras, ¡sí! La única manera eficaz es la de reprimir por medio de una legislación draconiana el delito y el abuso, quienquiera que fuese el culpable; y no castigar a una masa de inocentes por los abusos y los delitos cometidos por algunos de sus hermanos – y otros que no son sus hermanos – y que encontrarán siempre aficionados, aun si todos los judíos hubiesen sido exterminados,

En fin, en cuanto a la propaganda de las ideas falsas y de las falsas máximas morales, plugiera al cielo que “los judíos” (ciertos judíos) fuesen los únicos responsables de ella. Es bien sabido que no es éste el caso, y que en valor absoluto el aporte de los no judíos excede en mucho a este respecto al aporte de los judíos. El señor Julius Streicher y los predicadores de pogroms, no son judíos; privan así de una confirmación poderosa su propia argumentación que imputa a la raza judía todos los azotes de la especie humana. Los señores Rosenberg y Hitler, los señores Goga y Guza no son judíos, Lenin no lo era y Stalin tampoco lo es; y el señor Céline mismo no es judío, aunque parezca haber ido al cabo de la noche sólo para encontrar los “Protocolos de Sión” que allí le esperaban, depositados en las sucias tinieblas por la antigua policía de los zares.

Cargar a los judíos los pecados del bolchevismo, identificar judaísmo y comunismo, es un tema clásico de la propaganda hitlerista, la cual le agrega a veces el catolicismo: tema adoptado con bella disciplina por los antisemitas de todos los países. Yo no creo que en general el espíritu judío, al cual los mismos poderosos cerebros reprochan una fiebre anárquica de libertad, se

acomode fácilmente al conformismo comunista. Lo que sí es verdad es que en ciertos países una parte de la juventud judía pueda encontrarse empujada al extremismo revolucionario a fuerza de ser perseguida. Los primeros responsables, en este caso, serían quienes le hacen la vida imposible; como en términos generales los primeros responsables de los supremos desórdenes son los falsos hombres de orden, judíos y no judíos, que al preferir sistemáticamente la injusticia al desorden, fundan el orden sobre el desorden radical, pero desde luego invisible, por lo cual el principio mismo del orden y el autor de la naturaleza son ofendidos.

Tanto y más que los antisemitas (cuyos furores generalmente sólo atacan a los judíos pobres) detestamos la hegemonía de la banca y de la finanza, en cuanto hegemonía del dinero, pero ya sea ella judía o no judía; y en esto, es la estructura del espíritu materialista del mundo moderno la que nos produce horror, cualesquiera que sean los hombres, judíos y no judíos, pero no judíos en mayor número que judíos, que se encuentran, lo más a menudo sin culpa personal de su parte, involucrados en esa estructura inhumana. Sabemos, por lo demás, que la gran masa de los judíos no está constituida por banqueros ni financistas, sino por una población que se debate contra todas las formas de la pobreza ciudadana.

No subestimamos la gravedad de las inmensas dificultades económicas de nuestra época y de la crisis económica general de la civilización. Decimos, que no es arrojando a los judíos, sino transformando las estructuras económicas y sociales, que son la causa real de estas dificultades y de estas crisis, como se las podrá remediar con eficacia. El antisemitismo aparta miserablemente a los hombres del esfuerzo real que les es requerido. Los aparta de las causas reales de sus males – las que residen a la vez en nuestro corazón egoísta y mentiroso y en las estructuras sociales, que están en causalidad recíproca con esta miseria moral –, el antisemitismo, decimos, aparta a los hombres de las causas reales de sus males, para precipitarlos contra otros hombres y contra una multitud inocente, tal como lo hiciera una miserable tripulación, que en vez de luchar contra la tempestad quisiera arrojar por la borda a una parte de sus compañeros, a la espera de que todos traten de devorarse los unos a los otros incendiando la nave en que la soñadora humanidad está embarcada.

El drama alemán

He hablado del antisemitismo llamado político y del terreno que encuentra en algunos países con fuerte minoría nacional judía. A decir verdad, es el ejemplo y el contagio del racismo alemán el que desde hace algunos años ha transformado y exasperado, embrujado el conflicto en esos países. Pueblo patético y desdichado, nostálgico de sentirse unánime, el pueblo alemán está envuelto él también en un drama histórico, frente al cual nadie que tenga el sentido de la solidaridad de los hombres puede permanecer indiferente. ¿Por qué, arrastrado por una de esas melodías mágicas contra las que no tiene resistencia, se ha puesto hoy a la búsqueda de sí mismo, marchando sobre los judíos y sobre los cristianos, a la búsqueda de sí mismo y de la fatalidad? No es aquí el lugar para hablar en detalle de este drama. Diré solamente esto en lo que concierne a los judíos: si es verdad, como lo escribe el señor Arthur Ruppín, y como Marx lo había dicho en términos más violentos, que hay una suerte de preadaptación y de concurso mutuo entre el espíritu de aventura judío y el espíritu de aventura capitalista [1], y que en ninguna parte la judeidad se siente tan a sus anchas como en la organización capitalista; si, por otra parte, es verdad que la Alemania y sobre todo la Alemania de la post-guerra, es el país de Europa que mejor ha conocido la nefasta euforia y el vértigo espiritual de un capitalismo desorbitado, uno se asombra menos de la paradoja ocurrida allí. No en la medida en que los judíos quedaron separados, sino que por el contrario, en la medida en que estaban asimilados, substancialmente asimilados a la comunidad alemana, al punto de desempeñar un papel mayor en la literatura y la cultura alemanas como tales, y de olvidar a veces ellos mismos al pueblo judío y los dolores de Israel, como se ha levantado allí una tempestad inaudita de odio contra ellos, como si fuera a lo más profundo de sí misma, a su mala conciencia, lo que la Alemania moderna buscaba castigar en ellos, chivo expiatorio estupefacto y que gritaba en vano: pero si yo no respiro sino por la potencia alemana y por el espíritu alemán, si sólo os adoro a vosotras, grandeza alemana y fuerza alemana al servicio de una civilización lanzada toda entera a la conquista del poder.

1 Ya se trate de la libre concurrencia, o del interés del dinero prestado, o del precio concebido como el resultado de una disputa antes que como expresión del valor objetivo de una cosa (“justo precio”), son estas ideas acordes con las concepciones económicas judías (y, en términos más generales, orientales), que el tránsito del régimen medioeval de las guildas al régimen capitalista ha tornado predominantes.

Cuando una civilización altamente y mórbidamente industrializada, y toda ella informada por el espíritu del capitalismo moderno, llega, después de una terrible derrota militar, a una ruina moral general y a una espantosa miseria material de las clases pobres, esto en un pueblo en el que se han desarrollado y conservado todos los venenos de la humillación; y cuando a la catástrofe revolucionaria comunista, a la que su lógica interna la arrastraba de por sí, esta civilización prefiere, sin encontrar ni aun buscar principios creadores internos de un orden substancialmente nuevo, otra catástrofe revolucionaria que por lo menos salva al Estado perdiendo todo lo demás, no sorprende que ella al entrar desde entonces en un régimen general, donde la ilusión, el mito y el prestigio reemplazan y devoran, como en una operación de magia negra, el rostro y el juego de las causas reales, por instinto haga un sitio preferido al mito anti-judio, que proporciona al primer llegado tonto el medio de explicar las desgracias de la historia y de descargar sobre un culpable de todo el fardo de su angustia y de sus malos recuerdos.

Pero si las observaciones que he propuesto antes son exactas, hay motivos para pensar que la relación de Alemania con sus judíos es más compleja de lo que parece. Pues ni éstos ni ella han cambiado; me refiero a cambiar realmente y substancialmente. Tan perseguidos, tan humillados, tan abominablemente pisoteados, como lo están en su mayor parte, los judíos alemanes continúan queriendo a Alemania, por lo menos la del siglo XIX; mientras lloran junto a los ríos de Babilonia, no recuerdan a Sión sino al Berlín de antes del Führer, al Berlín de la gran aventura capitalista y de las conversaciones sublimes con un príncipe de este mundo que aún no se había puesto la camisa parda de la austeridad racista. Y de otra parte, la Alemania hitlerista, al querer rechazar a Israel, se ha desposado con lo que hay de peor en Israel, quiero decir, con ese sentimiento de orgullo racial que es en ciertos judíos carnales la corrupción naturalista de la idea sobrenatural de la elección divina. Los racistas son deudores del Antiguo Testamento como los comunistas lo son del Nuevo. De las Escrituras de los judíos los primeros han sacado, para corromperla, la idea de una raza predestinada, de un pueblo de Dios; del Evangelio los segundos han recibido, desnaturalizándola, la idea de una universal liberación y de la fraternidad humana.

Comprended bien lo que acabo de decir. No reprocho a los judíos alemanes, como algunos lo han hecho inoportunamente, el no haberse aprovechado de la persecución nazista para convertirse al cristianismo. Compruebo que ellos no

han imitado a sus antepasados del tiempo de los profetas, que no han oído lo suficiente el grito de su sufrimiento para dirigirse hacia su Dios y recordar sus fuentes, que están en Abraham, Isaac y Jacob. Al terrible azote que el racismo alemán ha lanzado sobre los judíos no parece que se haya respondido entre ellos, sea en Alemania o fuera de ella, más que con justas quejas y una justa indignación, acompañada de un llamado al boicot americano de los productos alemanes y a la literatura humanitaria internacional. Pero ese movimiento del corazón que hace descender a las raíces secretas de la historia, esa resurrección de las fuerzas espirituales ante la cual los perseguidores no pueden mantenerse y concluyen siempre por confesar lo que son: un poco de paja y de lodo ensangrentado; ¿es que Israel, asombrado, como paralizado por su racionalismo, no sabría ya o no osaría ya poner su confianza en esa fuerza?

Judíos y cristianos son aquí extrañamente solidarios. Cuando piensan en el estado de cosas en Alemania antes de 1933, ¿no son llevados a preguntarse si en ese país como en los otros, y con consecuencias más inmediatamente trágicas, no ha habido entre ellos excesiva insuficiencia de una cierta compasión humildemente humana, en ese orden de lo elemental cuya terrible importancia para nuestro tiempo se ha señalado recientemente? Privilegiados en cierta manera los unos y los otros por una adopción divina, ¿no han continuado los unos y los otros demasiado tranquilamente sus negocios, sus negocios de la tierra y sus negocios del cielo, sin ver descomponerse junto a ellos con suficiente dolor el rostro de los hombres y del mundo, y sin vivir de una manera bastante inmediata la miseria de los hombres y del mundo?

Al fin, es un nuevo rostro, el sombrío rostro ardiente de las fuerzas paganas en el hombre, el que iba a descubrirse. No quiero hablar de estas cosas sin rendir un homenaje de admiración y de amor fraternal a los cristianos de Alemania, católicos y protestantes, que son perseguidos como los judíos, y que afrontan todos los peligros para defender contra un furor blasfematorio, a la vez, el Evangelio y el Antiguo Testamento. La comunidad en la persecución los conduce a unos y otros a adquirir conciencia del lazo fundamental que une a los hombres, si no en la doctrina y en la regla de la vida, por lo menos en el común origen que los hace a todos a imagen de Dios. El porvenir dirá lo que la historia humana habrá podido ganar de tal experiencia.

Pero en esta conferencia tratamos especialmente de los judíos. Sobre ellos el neo-paganismo-racista ha ensayado primero sus golpes. Su deseo profundo es sin duda, si esto fuese posible, arrojarlos a todos fuera de las fronteras. Pero como no puede conseguirlo, se detiene en la solución de arrebatárles la existencia política y de recluírlos en un ghetto, ciertamente más cruel que el ghetto de la Edad Media, porque no se trata de la diferencia de fe y de religión contra la cual la libertad del hombre y la gracia de Dios tienen aún un recurso; es la irremediable diferencia de sangre la que encierra allí a los hombres. Estamos aquí en presencia del antisemitismo racial. Para justificarse no le basta que los judíos sean un pueblo o una raza en el sentido ético-histórico; es menester que sean una raza en el sentido biológico y antropológico de la palabra; es menester, al mismo tiempo, que el racismo se convierta en una concepción del mundo, en una ciencia y una religión.

A decir verdad, los judíos no forman una raza en el sentido biológico de la palabra; sabéis que en el estado actual de la humanidad no hay para los grupos de cierta importancia, ni siquiera para los que bajo este punto de vista son los más favorecidos, razas puras; los judíos distan de ser excepción; las mezclas de sangre han sido en el curso de la historia tan importantes en ellos como en los otros grupos humanos. Sabios eminentes han podido decir que en el estado presente de la humanidad la idea de raza no responde a ninguna realidad anatómofisiológica, a ninguna unidad de “sangre”, sino sólo a “mentalidades” típicas debidas a condiciones históricas y sociales; su significación reposa sobre cargas históricas extremadamente complejas (psico-ético-sociológicas) que se han formado con el tiempo, mucho más que sobre los caracteres hereditarios transmitidos por la sangre.

No es que se deba negar la existencia de esos caracteres ni la importancia de una ciencia como la genética, pero han sido fuertemente mezclados en las urdimbres étnicas que han tenido lugar en el curso de siglos, y en todo caso no constituyen más que un elemento material, absolutamente inadecuado para fundar por sí solo una discriminación de valor entre los hombres y para quebrar la unidad específica de la familia humana.

Científicamente, el racismo aparece sobre todo como una especie de desviación política de la antropología, movilizada para proporcionar un criterio práctico de la comunidad nacional alemana.

Filosóficamente y religiosamente, es difícil no ver en él uno de los peores escarnios materialistas del hombre. Pretender, como se ha hecho en Nüremberg en 1933, que hay “una mayor distancia entre las formas más bajas todavía llamadas humanas y nuestras razas superiores que entre el hombre más inferior y los monos más elevados”, no es solamente un absurdo filosófico, es también una ofensa a la religión cristiana, que al afirmar la espiritualidad y la inmortalidad del alma humana, al predicar el amor fraternal para los hombres de toda raza como de toda condición, al enseñar que el Cristo ha muerto por la salvación de todos, afirma al mismo tiempo la unidad natural del género humano, su distinción esencial de las otras especies animales, y la igual participación de todos los hombres en el título de hijos de Dios.

Se dice a veces, yo mismo he empleado antes esta expresión, que el racismo es un neo-paganismo: eso es injuriar a los paganos que no habían caído en un materialismo tan brutal. El culto de la sangre animal que se dice predestinada (vehículo, en realidad, del pecado original y de todas las divisiones de que ese pecado es el principio) es lo que se opone más radicalmente al culto cristiano de la sangre redentora y vivificadora del verbo encarnado, por el que todos los hombres que no rehusan la gracia divina son conducidos a la unidad sobrenatural de la “raza” de Dios y de los hijos de Dios.

Desde el punto de vista social y cultural el racismo rebaja y humilla en un grado inimaginable la razón, el pensamiento, la ciencia y el arte subordinados ya a la carne y a la sangre y destituidos de su “catolicidad” natural; trae a los hombres, entre todos los modos de barbarie que hoy los amenazan, el modo de barbarie más inhumano en sí mismo y el más desesperante, pues, como lo señalaba hace un momento, los condena a categorías y fatalidades – biológicas – de las que ningún uso de su libertad, cualquiera que fuese, les permite escapar.

II. LA SIGNIFICACIÓN TEOLOGAL DE LA DISPERSIÓN DE ISRAEL

Es tiempo de pasar a la segunda parte de esta conferencia y de abordar la cuestión misma de la dispersión de Israel tomada en su significación teologal. Como lo escribía en un estudio reciente [2], del que reproduciré aquí algunas

2 “L'impossible antisemitisme”, en la obra colectiva ‘Les juifs’, Plon (col. “Présences”), París, 1937.

páginas, cualesquiera que sean las formas económicas, políticas, culturales, superficialmente revestidas por el problema de la dispersión de Israel entre las naciones, ese problema sigue siendo en realidad un misterio de orden sagrado, del cual San Pablo nos da en la Epístola a los Romanos los elementos principales en un esbozo sublime. Si hay judíos en este auditorio, ellos comprenderán, estoy seguro, el que yo, cristiano, me mantenga dentro de las perspectivas cristianas para ensayar entender algo de la historia de su pueblo. Saben que según San Pablo nosotros, cristianos de la gentilidad, hemos sido injertados en el olivo predestinado de Israel, en el lugar de las ramas que no han reconocido al Mesías anunciado por los profetas. Así, nosotros somos convertidos al Dios de Israel que es el verdadero Dios, al Padre que Israel ha reconocido, al Hijo que ha desconocido. De esta suerte el cristianismo es la plenitud expansiva y el cumplimiento sobrenatural del judaísmo.

La vocación de Israel

Hablando de los judíos, de sus hermanos por la carne, por los cuales anhelaba ser anatematizado, tan profunda es su dilección por ellos, “que son israelitas, a quienes pertenecen la adopción y la gloria, y las alianzas y la ley, el culto y las promesas y los patriarcas y de quienes ha salido el Cristo según la carne” -, “si su rechazo, escribe San Pablo, ha sido la reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos?” “... No quiero, continúa el apóstol, que ignoréis este misterio a fin de que no seáis sabios ante vuestros propios ojos. Israel se encontró en parte empedernido hasta que la masa de los Gentiles hubo entrado. Tal es el camino por donde la totalidad de Israel llegará a la salvación... En relación al Evangelio, ellos son enemigos, para vuestro bien. Respecto de la elección divina, ellos son amados a causa de los patriarcas. Pues los dones y el llamado de Dios no tienen arrepentimiento. Así como vosotros habéis otrora desobedecido a Dios y al presente habéis obtenido misericordia gracias a la desobediencia de ellos, así también ellos en esta hora han desobedecido a causa de la misericordia que os ha sido hecha, a fin de que ellos también obtengan en el porvenir misericordia. Dios ha encerrado, pues, a todos los hombres en la desobediencia, con el deseo de hacer misericordia a todos”.

De entrada, Israel se nos aparece, así, como un misterio, del mismo orden que el misterio del mundo y el misterio de la Iglesia; en el corazón, como ellos, de la redención. Y cabe decir que si San Pablo tiene razón, lo que se llama el *problema judío* es un problema sin solución (sin solución definitiva), digo, antes de la gran reintegración anunciada por el apóstol, y que será como una resurrección de entre los muertos.

Hay una relación supra-humana entre Israel y el mundo, como entre la Iglesia y el mundo. Solamente considerando estos tres términos puedo, aunque sea enigmáticamente, formarme alguna idea del misterio de Israel. Una suerte de analogía invertida con la Iglesia es aquí, me parece, el único hilo conductor. La Iglesia, lo sabéis, no es una simple administración religiosa. Según su propia enseñanza acerca de sí misma, es un cuerpo misterioso en el que los lazos vivientes unen, para una tarea divina por cumplir, las almas entre sí y con Dios; es el cuerpo místico de Cristo.

¡Y bien! Aunque en un sentido muy diverso, sea Israel a su manera un *corpus mysticum*, un cuerpo místico; el pensamiento judío mismo es consciente de ello. Una reciente obra de Erich Kahler, *Israel unter den Völkern*, insiste expresamente en este punto. El lazo que hace la unidad de Israel no es solamente el lazo de la carne y de la sangre o de la comunidad ético-histórica; es un lazo sagrado y supra-histórico y de promesa y de nostalgia, no de posesión. A los ojos de un cristiano que recuerda que las promesas de Dios no tienen arrepentimiento, Israel continúa su misión sagrada, pero en la noche del mundo, preferida en alguna ocasión inolvidable, a la de Dios. Israel, como la Iglesia, está en el mundo y no es del mundo; pero desde el día en que tropezó, porque sus jefes han optado por el mundo, Israel está remachado al mundo, prisionero y víctima de ese mundo que él ama y del cual él no es ni será jamás, porque no puede serlo. He aquí cómo percibimos el misterio de Israel en la perspectiva cristiana.

La comunión de ese cuerpo místico es la comunión de la Esperanza terrestre. Israel espera apasionadamente, aguarda, quiere el advenimiento de Dios en el mundo, el reino de Dios aquí abajo. Quiere con una voluntad eterna, con una voluntad sobrenatural y fuera de razón, la justicia en el tiempo, en la naturaleza y en la ciudad.

Como el mundo y la historia del mundo, Israel y su acción en el mundo son realidades ambivalentes. La voluntad de tener lo absoluto en el mundo puede tomar todas las formas, unas buenas, malas otras. De ahí procede el que en la sorprendente complejidad de los caracteres típicos que presenta y que abundan a la vez en el bien y en el mal, se encuentre siempre por qué exaltar a Israel y por qué rebajarlo. “Los antisemitas hablan de los judíos”, decía Péguy; “prevengo que diré una enormidad: los antisemitas no conocen nada a los judíos”. “Yo conozco bien a este pueblo, agregaba. No tiene en la piel un solo punto que no sea doloroso, donde no haya un moretón antiguo, una antigua contusión, un dolor sordo, el recuerdo de un dolor sordo, una cicatriz, una herida, un magullamiento de Oriente o de Occidente”.

La cuestión aquí no es saber si los judíos son simpáticos o antipáticos, lo que es asunto de temperamento, sino si ellos tienen derecho a la justicia común y a la común fraternidad humana. Si los hombres no pudieran soportarse sino a condición de no tener ningún agravio los unos contra los otros, todas las provincias de un país se harían constantemente la guerra. Lo más curioso, por lo demás, es que muchos antisemitas declaran que sólo tienen motivos de elogio para los judíos que han conocido personalmente, pero que sienten también como una obligación sagrada el deber de odiar a los judíos: lo que es una manera como otras de rendir homenaje a ese misterio de Israel sobre el cual meditamos.

Pero ¿cuál es, entonces, esa vocación de Israel que continúa en la noche, y de la que hablábamos antes? Está ante todo su vocación de testigo de las Escrituras. Pero, además, mientras la Iglesia se ha entregado a la obra de rescate sobrenatural y supra-temporal del mundo, Israel, creemos, se ha asignado, en el orden de la historia temporal y de sus finalidades propias, una obra de activación terrestre de la masa del mundo. Está ahí, él que no es del mundo, en lo más profundo de la armadura del mundo, para irritarlo, exasperarlo, moverlo. Como un cuerpo extraño, como un fermento activador introducido en una masa, no deja al mundo en reposo, le impide dormir, le enseña a estar descontento e inquieto mientras no tiene Dios, estimula el movimiento de la historia.

La esencia espiritual del antisemitismo

Estas consideraciones nos explican, me parece, algo de la esencia espiritual del antisemitismo.

Las diversas causas particulares que el observador puede asignar al antisemitismo, desde el sentimiento de odio al extranjero, natural al grupo social, hasta los odios religiosos, sí, pues estas dos palabras pueden acoplarse, y hasta los múltiples inconvenientes producidos por ciertas llegadas de inmigrantes, disimulan una raíz de odio todavía más profunda. Si el mundo odia a los judíos es porque siente que ellos le serán siempre sobrenaturalmente extraños; es porque detesta su pasión de lo absoluto y la insoportable estimulación que ella le inflige. Es la vocación de Israel lo que el mundo execra. Ser odiados por el mundo, es su gloria, como también la gloria de los cristianos que viven de la fe. Pero los cristianos saben que el Mesías ya ha vencido al mundo.

Así, odiar a los judíos y odiar a los cristianos proviene de un mismo fondo, de un mismo rechazo del mundo que no quiere ser herido ni con las heridas de Adán ni con las heridas del Mesías, ni por el agujón de Israel para su movimiento en el tiempo, ni por la cruz de Jesús, para la vida eterna. Se está bien, como se es. Sin necesidad de gracia ni de transfiguración. La beatificación estará en la naturaleza. No es la esperanza cristiana en el Dios auxiliador, ni la esperanza judía de Dios sobre la tierra, es la Esperanza de la vida animal y su fuerza profunda y en cierto modo sagrada, demoníaca, cuando ella se apodera del ser humano que se cree engañado por los mensajeros de lo absoluto.

El telurismo racista es antisemita y anticristiano. “El ateísmo comunista no es antisemita, le basta con estar universalmente contra Dios. En uno y otro, se impone un mismo naturalismo absoluto que detesta todo ascetismo y toda trascendencia. Es la vida mística del mundo que se expandirá heroicamente, y todo cuerpo místico constituido aparte del mundo deberá ser rechazado como tal.

La prosternación ante el mundo no seduce a los franceses; aun cuando pierden la cabeza, es a la diosa razón a quien adoran. Por eso que pienso que jamás lleguen a ser profundamente antisemitas. Ellos bromean con los judíos como lo hacen con los curas, pero la verdadera manía antisemita entre nosotros casi no se sale de los cuadros de una ideología pequeño-burguesa, exaltada. No ignoro la propaganda que se hace actualmente en ciertos medios; la creo artificial. Quienes conocen bien la juventud francesa, en particular a esa juventud católica francesa que se prepara con tanto fervor para servir al bien común, y a esa J.O.C. que aplaudisteis aquí mismo el último sábado, tiene confianza en que jamás se pondrá en marcha sino en nombre de la libertad, de la generosidad y de la inteligencia.

Judíos y cristianos

¿Hemos logrado dar alguna idea de lo patético de la situación del pueblo judío? ¿Hemos logrado hacer comprender cómo, a menudo a pesar de él y manifestándose por veces bajo modos que contrastan un mesianismo materializado, que es la faz oscura de su vocación de lo absoluto, pero también con un ardor, una inteligencia y un dinamismo admirables, ese pueblo atestigua lo sobrenatural en el seno de la historia humana? De ahí los conflictos y la tensión que bajo toda suerte de máscaras no pueden dejar de existir entre Israel y las naciones.

Es una ilusión creer que esta tensión pueda desaparecer completamente; tratase de una villanía – una de esas villanías naturales en el hombre animal (ya sea árabe y él mismo descendiente de Sem, o eslavo o latino o germano) y de la que sólo el cristianismo, en la medida en que realmente es vivido, puede librar a los pueblos – querer terminar con la cuestión por la violencia antisemita, abiertamente persecutoria o políticamente mitigada. El único camino es aceptar este estado de tensión, hacerle frente en cada circunstancia particular, no en el odio sino en la inteligencia concreta que el amor exige de cada uno, para que se ponga de acuerdo rápidamente con su adversario, mientras marcha con él y con la conciencia de que “todos han pecado y tienen necesidad de la gloria de Dios”. “La historia de los judíos, decía León Bloy, obstruye la historia del género humano como un dique obstruye un río, para elevar su nivel”.

En el plano espiritual, el drama de amor entre Israel y su Dios, solamente se desenlazará, si creemos a San Pablo, por la reconciliación de la Sinagoga y la Iglesia. Sobre el plano temporal, si no hay tampoco, antes de ese tiempo, solución verdaderamente decisiva de la cuestión de Israel, hay, sin embargo, soluciones parciales o provisionales, respuestas particulares, cuya búsqueda es propia de la sabiduría política, correspondiendo intentarlas a las diversas edades de la historia.

El período histórico que nosotros atravesamos es para el pueblo judío una edad de dificultades acrecentadas. En el orden económico, el abandono de la libre competencia, el advenimiento de regímenes de autarquía y del capitalismo de Estado asestan un golpe tremendo a las actividades laboriosas de los judíos. Estudios recientemente publicados sobre la situación económica de los judíos en el mundo, señalaron la creciente pauperización de las masas judías.

En el orden político y moral, el desarrollo de las diversas clases de totalitarismos que miran todos al no conformista como a un enemigo biológico de la comunidad temporal, amenaza la adhesión natural de los judíos a la independencia y la libertad.

En el orden espiritual, el surgimiento de formas de paganismo de una ferocidad inédita significa un conflicto inevitable – ya terriblemente comenzado – con el pueblo que, en medio de los paganos de otros tiempos, ha sabido ofrecer un testimonio heroico a la santidad del Dios personal y trascendente.

Me inclino a creer que si el mundo triunfa sobre los errores y los males que le afligen en este momento y llega a instaurar un régimen de civilización nueva, más en consonancia con la dignidad humana, las soluciones de tipo pluralista y personalista, a la vez que deberán en general prevalecer en tal régimen, caracterizarán también las tentativas de regulación de la cuestión judía traídas por ese clima histórico.

Como quiera que sea nos aparecerá, si ahora nos dirigimos más especialmente hacia los cristianos que estando ellos mismos insertados en el olivo de Israel con una mirada fraternal y, según dice el apóstol San Pablo, no sin temblar por ellos mismos deben mirar a los hombres envueltos en la tragedia judía. Que los cristianos sean antisemitas, es ciertamente posible pues el caso se da muy frecuentemente. Esto sólo les es posible obedeciendo al espíritu del mundo y no al espíritu del cristianismo.

Muchas confusiones históricas, en autores desatentos o apasionados, nacen aquí del hecho de la mezcla en la civilización medieval de las cosas de la Iglesia y de las cosas de una sociedad temporal sacramentalmente constituida, donde los intereses terrestres y todo el bien y todo el mal de la vida social humana estaban impregnados en la religión. Si se parte de ahí se ve, cómo en una civilización temporal donde el régimen del *ghetto* – sin hablar del drama de los marranos y de la inquisición española – se prestaba a los peores excesos antisemitas, la Iglesia misma y como tal no es responsable de estos excesos, sino tales o cuales de sus ministros. Se sabe demasiado que los Papas en muchas ocasiones han defendido a los judíos, sobre todo contra la absurda acusación del crimen ritual, y que en todo caso los judíos eran ordinariamente menos desdichados y menos mal tratados en los Estados pontificios que en otras partes.

Igualmente, al salir del Santo Imperio y del régimen medieval, la civilización occidental, al periclitarse por lo demás, como lo sabemos, se ha liberado de las fuertes impurezas que ese régimen traía de hecho, y sería una singular aberración que los cristianos quisiesen volver a ellas en el instante en que han perdido su ocasión histórica de existir. El antisemitismo ya hoy no es una de las taras accidentales de una cristiandad temporal mezclada de bien y de mal; es como un error del espíritu que contamina a los cristianos. Hago presente que en un documento del Santo Oficio fechado el 25 de septiembre de 1928, la Iglesia Católica ha condenado expresamente ese error.

Desde el punto de vista de sus características morales en las perspectivas católicas, y cuando se expande entre quienes se dicen discípulos de Jesucristo, el antisemitismo aparece como un fenómeno patológico, que revela una alteración de la conciencia cristiana cuando ella se torna incapaz de tomar su propia responsabilidad en la historia y de seguir siendo existencialmente fiel a las altas exigencias de la verdad cristiana. Entonces, en lugar de reconocer, en las pruebas y los espantos de la historia, la visitación de Dios, y de emprender las tareas de justicia y de caridad requeridas por eso mismo, ella se rebaja hasta los fantasmas de sustitución concernientes a una raza entera, a los que ciertos pretextos particulares, fundados o no, sirven para darles consistencia; y al dar libre curso al sentimiento de odio que ella cree justificado por la religión, busca para sí misma una especie de coartada.

Pero no es poca cosa para un cristiano odiar o despreciar o querer tratar de manera envilecedora la raza de la cual su Dios y la Madre inmaculada de su Dios han salido. Por eso que el celo amargo del antisemitismo se torna hoy al fin en celo amargo contra el propio cristianismo.

“Suponed, escribía León Bloy, a personas que hablasen en derredor vuestro continuamente de vuestro padre y de vuestra madre con el mayor desprecio y que sólo tuvieran para ellos injurias o sarcasmos ultrajantes. ¿Cuáles serían vuestros sentimientos? Pues bien, esto es exactamente lo que ocurre a Nuestro Señor Jesucristo. Se olvida o más aún, no se quiere saber que nuestro Dios hecho hombre es judío, el judío por excelencia de naturaleza, el León de Judea; que su madre es una judía, la flor de la raza judía; que los apóstoles han sido judíos tanto como los profetas. En fin, que toda nuestra liturgia está tomada de los libros judíos. Entonces, ¿cómo expresar la enormidad del ultraje y de la blasfemia que consisten en vilipendiar a la raza judía?”

III. LA TRAGEDIA ACTUAL DEL PUEBLO JUDÍO

Sabido es que los judíos no pierden la ocasión de lamentarse. Si saben llorar es porque tienen un hábito sempiterno del dolor y porque están desarmados. Hoy, en todo caso, se puede decir que en materia de persecuciones están abundantemente servidos.

La tercera parte de esta conferencia, en la que hablaré de las cuestiones de hecho concernientes a la situación actual de los judíos en diversos países, será evidentemente sólo un breve esbozo; si hubiera de enumerar en detalle todas las suertes de opresiones de que se trata, no terminaría nunca.

Antes de ocuparnos brevemente de los aspectos del antisemitismo en Alemania, en Rumania, en Polonia, digamos algunas palabras sobre la situación de los judíos en Rusia.

En Rusia

Algunos se sorprenderán acaso: ¿es que la U. R. S. S. no se atribuye la gloria, y a buen derecho, de haber proscrito oficialmente el antisemitismo? ¿Es que Rusia no ha dado a los judíos, como a los miembros de otros grupos étnicos, la igualdad de derechos y el libre acceso a las escuelas y universidades? Sí; esto es verdad; y sin embargo Rusia es uno de los países del mundo donde Israel está más amenazado.

No aludo aquí solamente a la ruina económica que el régimen soviético ha traído para las masas judías. El 90 por ciento de los judíos de Rusia vivían del comercio, de la industria y de los pequeños oficios. Han sido afectados más que las masas campesinas en sus medios de existencia mismos, puesto que el régimen nuevo no tolera los comerciantes o artesanos independientes. El desastre económico es para ellos completo.

No; lo que quiero hacer notar ante todo es que si los judíos pueden vivir – tan miserablemente como sea – en Rusia, la *judeidad* y el *judaísmo* están allá atacados de muerte: la asimilación – forzada – se logra demasiado bien.

La lucha no ha sido ni es contra la raza judía; lo es contra de la religión judía del mismo modo que contra todas las otras religiones. Sobre los judíos religiosos se ha abatido una persecución violenta – conducida por algunos judíos ateos –; aquí, como lo escribe un autor israelita, es el judío quien ha sido el peor enemigo del judío. Finalmente, la gran masa de la juventud judía se ha apartado de la religión; sólo la vieja generación se atiene a ella, pero “ante la hostilidad de las clases gobernantes ella no osa actuar y la religión está condenada”.

“En el país, escribe el mismo autor, donde los judíos hace 20 años formaban todavía el más sólido baluarte del judaísmo, la religión judía se halla hoy muy cerca de ser destruida” [3].

Y a la vez está condenada la cultura judía. Las escuelas rabínicas y casi todas las sinagogas están cerradas; la enseñanza en lengua hebraica, las tradiciones populares, las fiestas religiosas, la circuncisión, los ritos de la ley mosaica, todo esto está prácticamente prohibido; de otra parte, una fuerte presión estatal se ejerce en favor de los matrimonios mixtos, con el resultado de que la entidad étnica y cultural judía desaparece rápidamente [4]. También el sionismo, mirado como un movimiento “imperialista”, es rigurosamente reprimido, y toda tentativa de propaganda sionista es motivo de un arresto inmediato y de destierro [5].

De la poesía idisch se escribía recientemente que su fuerza y su originalidad “vienen de su incapacidad de no ser religiosa [6]. De una manera general no hay cultura judía, no hay pueblo judío, sin el Dios de las Escrituras, aunque éste sólo estuviera presente en las osamentas muertas de la tradición vacía de fe, que el sionismo por lo menos respeta y reúne.

Fenómeno singularmente significativo, y que confirma nuestras reflexiones anteriores, todo ocurre como si un odio profundo a las Escrituras donde Dios ofrece testimonio de sí mismo, repercutiera sobre Israel como cuerpo místico, e Israel, cuerpo místico, no es golpeado sin que Israel, pueblo, sea afectado también al propio tiempo.

3 Arthur Ruppin, *Les juifs dans le monde moderne*, Paris, Payot, 1934.

4 En el estado judío – es decir poblado de judíos – que los Soviets ensayan crear en Birobidyan, la cultura específicamente judía no se encuentra en las mejores condiciones.

5 Olav Leroi, *La Croix*, 30-31 enero 1938.

6 Paul Fierens, *Revue des Poètes Catholiques*, N° 1, 1937.

En Alemania

Hemos hablado del racismo alemán, considerado sobre todo en sus principios. ¿Hay que recordar ahora cómo pasa a su aplicación?

Según la ley del 7 de abril de 1933 (la del famoso párrafo ario) completada por otras disposiciones del mismo año, todos los no arios, todos los seres humanos que llevan en sí 100 % o 50 %, o si han tenido un abuelo o una abuela judía, 25 % de sangre judía, son excluidos de las funciones públicas, y también por vía directa o por vía indirecta, y a fuerza de maquinaciones, de las profesiones liberales o “culturales”.

Prohibición a los judíos de ocuparse en el teatro, en la literatura, en la música destinadas a las masas arias; de entrar como profesores o como alumnos en las universidades alemanas. Se les hace un estatuto especial, pero para separarlos como una raza inferior y portadora de veneno, no para unirlos a la vida común de la sociedad [7]. Que elaboren una cultura de ghetto, ¡así sea! Hasta puede ser que se les estimule a ello, pero sólo como a esclavos, para cantar entre sí sus cantos, antes de que llegue la muerte. Que se dediquen a actividades económicas, [sea! Algunos ocuparán en ellas a veces hasta posiciones importantes, pero al propio en muchos sectores de la vida económica se les despoja en beneficio de los arios; se hace el boicot a las tiendas judías, se molesta y amenaza a los arios culpables de hacer compras en casas de comerciantes judíos. El origen judío de un empleado es razón válida para su despido.

La sangre prima sobre todo; prima sobre la inteligencia y la buena voluntad; prima sobre la gracia y el bautismo: los hijos del judío bautizado deben ser educados en una escuela judía, no en la escuela cristiana.

7 Se notará que los judíos sólo forman una débil proporción de la población alemana. Antes de la llegada de Hitler al poder había en Alemania alrededor de 550.000 judíos. Según surge de varios estudios estadísticos (Dr. Kurt Zielenziger, de Amsterdam, en la revista Population) de 1933 hasta fin de 1937 han abandonado Alemania alrededor de 135.000 judíos; 30.000 más o menos se han repartido en Europa, el resto en Palestina, en América del Sur, en los EE. UU. y Africa del Sud.

Sabéis que en septiembre de 1935 las leyes de Nürenberg, las “leyes para la protección de la sangre y del honor alemanes”, han retirado a los judíos el título de ciudadanos y los derechos políticos; sabéis que las mismas leyes prohíben el matrimonio y las relaciones sexuales extra-matrimoniales entre judíos y no judíos, bajo pena de reclusión. ¿Qué digo? Estas sanciones se han mostrado poco eficaces, y es la pena capital lo que ciertos antisemitas proyectan pedir para los crímenes de ofensa racial o de mancillamiento racial, como se dice.

La imaginación no puede representarse más que una débil parte de lo que estas diversas disposiciones legales, con los excesos ilegales que les dan cortejo – innobles paseos de desdichados portadores de inscripciones humillantes, cementerios judíos profanados por centenares, violencias, humillaciones de toda suerte, confiscaciones de bienes, delaciones y denegaciones de justicia – traen sufrimientos y angustias, miseria y deshonor para el pobre ser humano. El suicidio, naturalmente, prospera.

Con el trabajo de los maestros y propagandistas, es la conciencia de la gente humilde, de los niños, de los pobres que se envenena de odio y de desprecio por los judíos. ¡Pero qué! Lo peor es el rebajamiento de la dignidad humana en los perseguidos mismos. No es que haya en ciertos barrios de judíos bancos amarillos reservados a los judíos, es que se puede ver a judíos, a tristes judíos sentados sobre esos bancos. Se ha visto también, en familias donde el padre era judío y la madre aria, a los niños arrancar a su madre la confesión de su adulterio para establecer que habían nacido de pura sangre aria, y tienen derecho a la vida civil.

Yo sé que Alemania no es el racismo. Aunque estas cosas caen de su peso debo señalar aquí que el odio contra un pueblo sería una gran locura, y que a despecho del racismo y del anti-cristianismo que turban los corazones, las reservas humanas de la cultura germánica no están agotadas. Pero si los cataclismos morales que pesan sobre un país no han de impedir que quienes esperan con ello la paz del mundo procuren establecer acuerdos políticos internacionales con él, estos mismos deseos, a su vez, no podrán impedir que la verdad sea dicha. El ejemplo del antisemitismo alemán, que los dirigentes nacional-socialistas han desencadenado y continúan sobreexcitando violentamente, y buscan al mismo tiempo regularizar en cierta medida haciendo de él un arma selecta de influencia en el extranjero, el ejemplo de ese antisemitismo y su propaganda que se ejerce en todas partes, en

América como en Europa, son malos signos para lo que nos queda de civilización. Por razones políticas, Italia comienza, lo que para ella es nuevo, a cultivar los sentimientos antisemitas. Bajo formas morales y culturales, sin brutalidad exterior ni aparato legislativo, existe un antisemitismo en Austria. Otros países son afectados: Polonia, de la que hablaré en seguida; y en grados menores, Lituania, Yugoslavia, la Argentina. En Rumania una ola de terror se extiende hoy.

En Rumania

Los judíos han sido durante largo tiempo tratados en Rumania como legalmente inferiores. A pesar de las promesas dadas en el congreso de Berlín en 1878, solamente con el tratado de 1919, consecutivo a la guerra mundial, y con la constitución del estado rumano agrandado, fue proclamada la igualdad de todos los ciudadanos rumanos ante la ley, “sin distinción de raza, de lengua o de religión”. Al anexarse la Besarabia, la Bukovina, la Transilvania, el Banat, el Marmoures, o sea 9.000.000 de habitantes, Rumania se obligó a reconocer como súbditos rumanos a los judíos (600.000 más o menos) que habitan esos territorios; esto según una regla bien evidente de derecho internacional público.

Sólo tengo una confianza muy mitigada en las estadísticas, en particular en las estadísticas demográficas de los países expuestos a los conflictos y discusiones de nacionalidades. Sin embargo, contando con las cifras oficiales del servicio de estadística rumano y llevando los límites de aproximación más bien al exceso, he aquí las conclusiones a que parece razonable atenerse. La vieja Rumania contaba alrededor de 250.000 judíos desde largo tiempo asimilados, Resulta de esa cifra y de la que acabo de dar para los territorios anexados, que había antes de la guerra en el territorio actual del reino de Rumania 850,000 judíos, Hay hoy un poco menos o un poco más, más bien un poco menos al parecer, alrededor de 4.5 % de la población total [8]. Sobre este número, se puede estimar que 10.000

8 Según las estadísticas del Instituto Demográfico de Bucarest, la cifra a que habría que atenerse es de 760 a 765.000. A más o menos 30.000 de esos judíos se les ha negado desde 1920 la naturalización, no teniendo ellos más que deberes y ninguno de los derechos de los súbditos rumanos. Su contingente ha aumentado con algunos millares de otros, a quienes el gobierno liberal del señor Tataresco, que precedió al gobierno antisemita del señor Goga, ha retirado arbitrariamente la calidad de ciudadanos rumanos.

personas más o menos son judíos refugiados de Rusia después de la guerra, e instalados “con fraude” en Rumania [9].

Pues bien: a los 500.000 judíos acusados por el señor Goga de venir al país “con fraude” (el rey Carol en sus declaraciones se ha contentado con la mitad de esta cifra) se les quiere privar de la nacionalidad rumana, del derecho de establecerse y de permanecer en el reino. No contra 10.000, sino contra 500.000 se levanta el grito de reprobación.

Aparece así que aun a los mejores prestidigitadores en estadística les será difícil poner la operación proyectada de acuerdo con los compromisos solemnemente contraídos en el tratado del 9 de diciembre de 1919. ¿Y para qué? La verdad es que el racismo, para el cual la fe de los tratados no es gran cosa, sopla tempestuosamente en Rumania y quiere terminar por los medios más rápidos no solamente con 10.000 o 25.000 o 500.000 judíos, sino con toda la población judía del país.

Todos los ciudadanos judíos ya han sido separados de la administración pública, ya se ha decidido prohibir a los judíos ciertas profesiones y ciertos negocios, especialmente las empresas agrícolas, alejarlos del teatro y del cine, retirar a gran número de médicos, de ingenieros, de arquitectos, de abogados judíos el derecho de ejercer su profesión. Que las campañas carezcan completamente de médicos, ¡qué importa! Guerra ante todo a los médicos judíos. Los tres diarios israelitas de Bucarest han sido suprimidos. La “Guardia de Hierro” organiza el terror contra los estudiantes judíos de las escuelas superiores y los miembros judíos del foro. Los “camisas azules” atizan contra los judíos el odio de las masas rurales, arrojan por centenares a los campesinos judíos y los obligan a abandonar miserablemente sus tierras. Y todo esto es sólo un comienzo. Las peores amenazas y angustias mortales se ciernen sobre centenares de miles de hombres.

“¿Y no se les podría enviar, declaraba recientemente el señor Octaviano Goga a los hermanos Tharaud, lejos... a alguna parte... a una isla de la que no

9 Después del establecimiento del nazismo en Alemania, familias judías en gran número han atravesado Rumania, la que sólo las acepto en tránsito. Muy pocas han quedado. La proporción de judíos alemanes instalados en el país después de 1933 es insignificante.

podrían salir más... naves de guerra de todas las naciones navegarían en torno de ella...?”.

Parece que en este nuevo estilo de gobierno en Rumania colaboran la Iglesia y el Estado; tal lo que vemos si uno se atiene a las declaraciones que el patriarca de la Iglesia ortodoxa rumana ha publicado en un diario de Bucarest [10] y donde emitió la opinión de que los judíos “exprimen” al pueblo rumano y obligarán a los rumanos a “abandonar” sus casas y sus hogares y a errar a través del mundo”, y que debe haber en alguna parte sobre el globo, “en Africa, en Australia, en Asia, en las islas, etc., tierras libres a las que puedan ser relegados”. “No conozco bastante geografía mundial para deciros dónde se encuentra ese país”, agregaba este evangélico pastor.

Al recordar la declaración adoptada en 1931 por la Unión Católica de Estudios Internacionales de que: “los miembros de un cuerpo nacional (es decir de una minoría), están sujetos respecto del estado de que son súbditos a todos los deberes y obligaciones que la moral y la política cristianas imponen a la conciencia de los ciudadanos. Gozan de todos los derechos que una y otra reconocen al hombre y al ciudadano”; al recordar esta resolución, Monseñor Beaupin escribió recientemente: “No es inmiscuirse en la política de un Estado determinado, el recordar principios que valen para todos los países y todos los tiempos”.

En Polonia

El antisemitismo ha tomado en Alemania una forma anti-cristiana. En Rumania una forma ortodoxa fuertemente teñida de anti-catolicismo, – en el congreso de la “Fraternidad Ortodoxa Rumana”, en noviembre último, los oradores han puesto al catolicismo en el mismo plano que al comunismo; ese congreso ha pedido la ruptura del concordato y ha denunciado el “proselitismo agresivo y desnacionalizante” del Vaticano; los católicos rumanos se quejan de ser objeto de calumnias y de campañas de odio que conducen a la guerra confesional.

10 Curentul, 19 agosto 1937.

En Polonia, aunque los jefes de la Iglesia católica, sobre todo el Cardenal Hlond, hayan repudiado “la hostilidad sistemática e incondicional respecto de los judíos”, el antisemitismo ha tomado una forma católica por el hecho de que, es muy natural, demasiado natural, que las pasiones que se refieren aun de la manera más engañosa a la defensa de los intereses nacionales de un país invoquen la religión tradicional de éste.

No ignoro que, en general, Polonia rechaza las doctrinas del racismo pagano y que su gobierno quisiera limitar el conflicto al terreno económico solamente; no ignoro que cuenta de tres a tres millones y medio de judíos, un poco más del diez por ciento de su población total, de modo que los problemas, encarados al comienzo de esta conferencia, que conciernen a los países de fuerte minoría nacional judía, resultan para ella más reales que para cualquier otro Estado. Ciertamente es que de hecho un antisemitismo intenso se ensaña allí, irritado aún por las influencias alemanas como por la mala situación económica del país; al exaltar, de un lado, sombrías susceptibilidades nacionales y, del otro, sufrimientos y reivindicaciones exasperadas, corre el riesgo de conducir a dificultades completamente inextricables. Estos últimos años, el año pasado sobre todo, los judíos polacos han conocido una persecución que, no siendo organizada por ley como en Alemania, tiende, sin embargo, a hacerles la vida estrictamente miserable.

Advierto en seguida – es siempre la misma letanía – el boicot en masa de los comerciantes y de los artesanos judíos (es lo que se llama antisemitismo seco) [11]; la horrible multiplicación de riñas, pillajes, pogroms con muertos y heridos, denegaciones sistemáticas de justicia, el trágico aumento de las violencias y de los ciegos odios populares. Al desatar contra los judíos a los campesinos que mueren de hambre, se piensa encontrar una solución a la cuestión agraria y al pauperismo de las campañas. Una justa redistribución de las propiedades inmuebles, tal como

11 Los que pregonan este boicot en masa como un remedio económico al marasmo del comercio no-judío olvidan que se puede querer reemplazar un régimen de libre concurrencia por un régimen de comunidades de trabajo organizadas, pero que no se puede falsear por la violencia el juego de un régimen dado. En realidad, el boicot en cuestión responde al designio de reducir a los comerciantes y artesanos judíos al hambre para forzarlos a emigrar. (Como si los judíos, especialmente los judíos polacos, no estuvieran dispuestos por sí mismos a dar una fuerte proporción de emigrantes, si solamente lo pudieran! Si los otros países sólo les abrieran sus fronteras!) . Semejante boicot agrega un condimento de crueldad a una situación, ya de por sí, deplorable para todos. Y lo que consigue, en todo caso, es desarrollar sin freno las malas pasiones.

otros Estados ya la han efectuado para evitar lo peor, he ahí lo que no quieren los grandes terratenientes a ningún precio. Y todos ellos se esfuerzan en dirigir sobre los judíos la cólera de los pobres. Los acontecimientos más odiosos son los que se han producido en medios que se creían reservados a la ciencia y a la cultura, y que se tornan en vehículo de las influencias racistas y de los excitadores de pasiones. Hubo en enero de 1937 desórdenes universitarios acerca de los cuales, por la buena reputación de los estudiantes de Varsovia, prefiero no extenderme. Sabéis, en fin, que cediendo a la presión antisemita, las universidades polacas han instituido bancos aparte para los estudiantes judíos, creando algo así como ghettos en las salas de los cursos. Numerosos profesores polacos han protestado contra esta medida; y algunos -como los estudiantes judíos, antes que sentarse sobre estos bancos quedan de pie para escuchar los cursos- han preferido ellos también dar sus lecciones de pie.

Debo agregar – no disimularé un rasgo que me aflige – que en razón de las causas sociológicas de las que hacía mención antes, son en general las capas católicas de la población a las que el antisemitismo en Polonia parece haber tocado más. Excitaciones deplorables se producen allí, y la prensa de denominación católica se hace muy a menudo cómplice de ellas. A menudo también aparece un estado de espíritu que sin aprobar los excesos cometidos contra los judíos, se resigna a ellos, y sin profesar el antisemitismo considera el drama judío con la indiferencia del hombre razonable y frío que sigue su camino. Sin embargo, es nuestro prójimo ese herido judío tendido medio muerto sobre el camino de Jerusalem a Jericó...

Y en cuanto a aquellos de los creyentes que piensan servir al cristianismo ligando su causa a la de partidos políticos, violentos e injustos, sabemos que dañan en realidad profundamente aquello que quisiera servir.

Recuerdo, para terminar con este capítulo, que por el tratado de 29 de junio de 1919 el gobierno polaco está obligado a “acordar a todos los habitantes plena protección de su vida y libertad, sin distinción de raza, de lengua o de religión”. En el artículo 7 está especificado que “todos los súbditos polacos serán iguales ante la ley y gozarán de los mismos derechos civiles y políticos, sin distinción de raza, de lengua o de religión; la diferencia de religión, de lengua o de confesión no deberá perjudicar a ningún súbdito polaco en lo que concierne al goce de los derechos civiles o políticos, especialmente en la admisión en los empleos públicos, funciones u honores o en el ejercicio de las diferentes profesiones e industrias”, Esto concuerda bastante mal, hay que reconocerlo, con los *numerus clausus* y

los bancos de ghetto y la indulgencia, para no decir más, demasiado a menudo otorgada a los pogromistas por las autoridades judiciales.

¿Qué corresponde hacer?

Acabamos de ver a qué excesos ha llegado el antisemitismo en varios países, revelándose así como uno de los síntomas siniestros del envilecimiento general de nuestra civilización, y dirigiendo lamentablemente a hombres desdichados o sufrientes contra otros hombres desdichados y sufrientes.

En presencia de tales cosas, ¿es posible mantenerse en la indiferencia y la inercia? ¿Cómo no plantear con ansiedad la cuestión: ¿Qué corresponde hacer? Yo sé que a propósito de otros horrores sinnúmero los ecos del mundo repiten hoy la misma pregunta. Esto no es para nosotros razón para sustraernos a ella. Es menester hacer todo, recurrir a todos los remedios posibles, por insuficiente que pueda parecer cada uno de ellos tomado aisladamente.

El Presidente del Consejo polaco, General Skladkowski, dijo recientemente: “En nombre del gobierno polaco declaro que nos opondremos con todas nuestras fuerzas a todo pogrom y a toda campaña de, odio, tales como se produjeron el año último contra los judíos. No hay sitio entre nosotros para las luchas de raza. Sólo existe un problema de superpoblación y que proviene únicamente del campo económico”. Al propio tiempo el informante del presupuesto del Ministerio del Interior hacía un llamamiento a las potencias coloniales pidiéndoles “ayudar a Polonia material y financieramente a resolver el problema de la emigración judía, y esto con el concurso de los judíos mismos” [12].

La emigración; he aquí, pues, uno de los remedios propuestos. A decir verdad no se trataría en todo caso más que de un remedio parcial; aportaría un cierto alivio a la crisis económica en Europa Oriental al compensar por lo menos el excedente de los nacimientos, y aun tal vez al disminuir ligeramente la cifra absoluta de la población judía de esas regiones. La idea de una emigración en masa está absolutamente fuera de cuestión, porque ello es estrictamente imposible.

12 *La Croix*, 25 enero 1938.

Pero lo trágico es que aun reducida a estas proporciones y considerada como no afectando más que a una parte relativamente pequeña de la población judía, la emigración polaca choca actualmente con obstáculos mayores. En todas partes los países cierran sus fronteras a los emigrantes. Nos encontramos en presencia del fenómeno general y funesto del replegamiento de las naciones sobre sí mismas. En lo que concierne a los judíos, el doctor Huppin, profesor en la Universidad hebrea de Jerusalem, comprobó hace algunos años que “el período de las emigraciones en masa que han transformado la vida judía en los 50 últimos años, debe ser mirado como concluido. La emigración puede a lo sumo retirar 30 a 40 mil judíos de la Europa Oriental, es decir un tercio solamente de su aumento normal de población (para todos los países de Europa Oriental). Es cuestión de saber si en estas condiciones la posición económica de los judíos en Europa Oriental, en Polonia especialmente, no está amenazada de una verdadera catástrofe, puesto que durante los últimos 50 años sólo la emigración la tornaba tolerable”. La misma comprobación, pues, del lado judío que del lado polaco.

Aparece, así, que en el interés de todos, la comunidad civilizada debe recobrar; debe ser hecho un esfuerzo especial para, a pesar de todo, tornar posible una cierta vuelta, lo más amplia que se pueda, a la emigración judía; hablo de la emigración judía libremente consentida. ¿Cómo? De una parte, gracias al sionismo para el cual, por lo demás, el gobierno polaco se ha mostrado desde hace tiempo favorable (pero conocéis las dificultades actuales del hogar palestino y que él no puede recibir más que un pobre contingente de inmigrantes). Por otra parte, al obtener que las naciones, en particular ciertas grandes naciones del otro lado del Atlántico, con escasas poblaciones, retornen mediante una organización internacional apropiada, y a favor de un estatuto apropiado de los inmigrantes, una política de inmigración más amplia; en fin, recurriendo, si fuera menester, al poblamiento de ciertos territorios coloniales.

No sé si el gobierno francés ve ahora muy favorablemente proyectos como el de abrir, sea Madagascar, sea otra tierra colonial, a cierto número de judíos llegados de Polonia; supongo que espera al respecto proposiciones firmes y bien elaboradas. Si estas proposiciones ;le llegaran -y sin duda ellas podrían ser concebidas de manera que sirviesen a los intereses de nuestro país- sería deseable que les diese buena acogida. Y el mismo deseo se dirige en lo que concierne a las otras potencias coloniales.

No sólo se ha de considerar aquí el problema demográfico judío en sí mismo; hay que considerar la amenaza horrible que le agregan las pasiones antisemitas ciegamente sostenidas por ciertos gobiernos. Si una absorción, a repartirse en algunas décadas, de cierto contingente de población judía pudiese desde ahora ser considerada y decidida, no solamente un alivio real aunque parcial se produciría para las poblaciones judías y no judías de la Europa Oriental, sino que también puede ser que política y psicológicamente tuviera probabilidad de producirse una suerte de distensión de las pasiones antisemitas en los países donde se hallan actualmente en el paroxismo.

Agregaré que la locura del antisemitismo se descubre aquí de una manera muy notoria: por una parte persigue a los judíos para forzarlos a emigrar, mientras que los judíos siempre han dado un porcentaje elevado de emigración y están hoy impedidos de ello por un obstáculo material: el cierre general de las fronteras; por otra parte, en confirmación de una observación que hicimos al comienzo de esta conferencia, trae él mismo un impedimento más a esta emigración que desea, como en general a todo arreglo real del problema judío, cualquiera que fuese; claro está, en efecto, que la emigración, como todo otro arreglo, supone el concurso de los judíos mismos; por lo tanto una atmósfera de entendimiento y colaboración. Más aún: no parece que, en la situación actual de la economía de los diversos Estados, puedan dar resultado las dificultades presentadas por la emigración en particular a los territorios de colonización, si las organizaciones internacionales judías de socorro no están dispuestas a financiar en parte el establecimiento de los emigrados sin recursos.

¿Y entonces? Frente a las persecuciones antisemitas, el remedio de que acabamos de hablar, la emigración, no es, en el mejor de los casos, más que un paliativo. ¿Hay otra cosa por considerar? Sí; y es que la gran masa de las poblaciones judías debe de toda necesidad quedar allí donde se encuentra. No se puede forzar a millones de hombres a convertirse en errantes y sin patria. ¿Se les hará morir de hambre? ¿Se les asesinará a todos? Cuanto más informada esté la opinión de todas partes, más se podrá creer que la persecución perderá sus probabilidades. En derecho, las poblaciones judías pueden invocar las garantías constitucionales y las garantías internacionales que les han sido reconocidas. Y toca a los gobiernos para los cuales la palabra justicia tiene todavía un sentido,

actuar, apoyados por su opinión pública, a fin de hacer respetar los tratados revestidos con sus firmas. La Sociedad de las Naciones (que se ha mostrado tan débil en el caso de Dantzig, para no hablar de los otros), ya se ha abocado al caso de los judíos de Rumania. Los EE. UU. han hecho mucho y pueden hacer mucho para la protección de las poblaciones judías.

¿Y después de esto? Después de todo esto es permitido esperar que si se logra evitar una catástrofe general, o quizás después de haber pasado por ella, el mundo civilizado entero conocerá un orden más justo y substancialmente nuevo; pues parece que las cosas están en un punto en que nada puede ser curado si todo no es cambiado. Esta comprobación no aporta gran socorro a aquellos que hoy sufren tormento.

Vamos a dirigirnos a unos y a otros, a judíos y cristianos; vamos a volvernos hacia las potencias invisibles que habitan el corazón del hombre, hacia las fuentes de la historia, que están en nosotros, para purificar esas fuentes. Si supiéramos hasta qué punto los acontecimientos exteriores y las formas de las cosas dependen de las figuras invisibles que en nosotros dispone nuestra libertad, tendríamos una mayor confianza en los medios del espíritu. Al mismo tiempo renunciaríamos a combatir el odio con el odio. Comprenderíamos lo que es, como Gandhi ha afirmado tan a menudo, respecto de las cosas mismas de la vida política y social, la fuerza real del amor y de la verdad.

Que nos sea permitido dirigir un llamado especial a los amigos que tenemos en Polonia. Saben que he estado atento hoy a fin de no decir nada que pudiese herirlos. Si Polonia llega a superar, en un gran sobresalto de sus fuerzas mejores, los conflictos en apariencia irremediables a que el problema judío da lugar en ella, habrá dado un gran ejemplo a Europa. Según las palabras del presidente del consejo polaco, que reproduce antes, no hay lugar entre los polacos para las luchas de razas. Que consideren que la unión de todos los elementos de su población es necesaria más que en cualquier otra parte para la prosperidad de su país. Que recuerden las declaraciones del Mariscal Pilsudsky, cuando la reapertura de la universidad de Varsovia, al afirmar que después de haber sufrido durante más de un siglo la persecución, los polacos no pueden admitir entre ellos los odios entre grupos de nacionalidad y de origen diferentes. Hay en Polonia un problema real, y este es ante todo de orden económico y social;

sus verdaderas soluciones han de buscarse en el progreso de la justicia social y del mejoramiento económico; y en este sentido la cooperación de los elementos judíos no es de desdeñarse.

Si pusieran en construir y en inventar el mismo afán que en atacarse, habría, para los judíos y no judíos, medios para vivir sobre la misma tierra en una común pobreza, quizá, y de ayudarse en un trabajo fraternal. “Judíos y polacos, se ha dicho, deben arreglarse de mal grado o de buen grado, para vivir juntos, pues el destino los fuerza a ello”. Ello se arreglará más útilmente para el país si se arreglan de buen grado; aun respecto de las cosas económicas la cuestión es aquí ante todo de orden moral.

Al entrar a fondo en las razones de la Iglesia católica, que han llevado a sus obispos a condenar, después del Papa, el chauvinismo, el racismo pagano, el antisemitismo al mismo tiempo que el comunismo, pueden los católicos polacos comprender que no basta abstenerse en lo espiritual de odiar a los judíos como tales, acordando, por otra parte, a sus enemigos, las leyendas, los prejuicios, los argumentos apasionados en nombre de los cuales se les persigue en lo temporal, sino que nos corresponde, según la común vocación cristiana y humana, descender con la gracia de Dios y su justicia a lo más profundo de los dolores y de los conflictos terrestres, tanto de éste como de los otros. Entonces ofrecerían probabilidades a la justicia y muchas otras cosas vendrán de por sí.

En cuanto a nosotros, dondequiera que estemos, nuestra responsabilidad frente a todos está comprometida en la medida en que, como lo decía antes, el drama de la historia humana es como la proyección sensible del que se cumple en nosotros. Nada hay más urgente que el trabajo secreto por el cual, y ante todo en ellos mismos, aquellos que tienen un poco de fe elevan el nivel de la energía espiritual en la humanidad. Este trabajo es eficaz y da sus frutos tangibles más rápidamente de lo que se cree.

Para atizar el fuego maligno que consume a los pueblos en la Europa de hoy, hay quienes quieren el exterminio y la muerte, y ante todo el exterminio de los judíos – pues, en definitiva ¿ acaso no es de esto de lo que se trata? – y que con el aparato estúpido de cientificismo racista o de documentos fraguados disimulan a los otros hombres, y a veces a ellos mismos, la esperanza loca de una

matanza general de la raza de Moisés y de Jesús. Esta matanza sigue siendo un ensueño; los gérmenes del odio de que está llena la atmósfera son una realidad. Mucho amor, mucho espíritu de justicia y caridad harían falta para sanear esta atmósfera. Para fines políticos, en nuestros días se cometen singulares abusos de los nombres que nos son caros, y en los que el hombre más abrumado confía aún. En ciertos países se compra al cristiano para hacer el boicot al comercio judío. Aun odiando al Evangelio, las corrientes dominantes del nacional-socialismo alemán se declaran cristianos contra el Papa y las iglesias.

El partido del señor Goga se llama, si no me equivoco, nacional-cristiano; el del señor Cuza, Liga de defensa cristiana. ¿Habrá un día un racismo cristiano, como los Thor y los Odin de la civilización cristiana, como la mostaza cristiana, o los bombardeos cristianos de ciudades abiertas? Blasfemada por unos, profanada por otros, rivalizan por quién arrojará de este infeliz planeta la Santidad de Dios. La desesperación en que muchas almas corren riesgo de ser arrojadas por estas cosas está cargada de maldición. No es así como la civilización cristiana ha de ser defendida. No creo ceder a un movimiento de amor propio nacional al decir que los católicos de Francia han oído con un particular fervor lo que el Papa Pío XI decía recientemente a sus obispos: “La predicación de la verdad no ha hecho realizar muchas conquistas a Cristo: lo ha conducido a la cruz. Por la caridad Cristo ganó las almas y las arrastró consigo”. No hay otros medios de ganar nuestra alma y las otras almas y un poco de paz para el mundo.

